

Violencia en la pareja: género y vínculo

Fernando J. García Selgas y Elena Casado Aparicio

(Madrid, Talasa Ediciones, 2010)

Violencia en la pareja: género y vínculo nos traslada a una cuestión sobre la cual parece imperar el consenso. El 91,6 por ciento de la población española rechaza la violencia de género —según la encuesta de opinión publicada en el *III Informe Anual del Observatorio Estatal de Violencia sobre las Mujeres* (2010)— y, sin embargo, el número de asesinatos de mujeres a manos de sus parejas o ex parejas se mantiene e incluso, dependiendo del año, incrementa. Ante esta aparente contradicción es imposible no sentirse interpelados sobre lo que se está haciendo. En este tema la performatividad se la juega y es precisa la reflexividad puesto que los discursos —y la utilización de los datos— pueden activar acciones. Y es desde esta sociología reflexiva desde la que parten los autores para desentrañar las relaciones entre conflicto y violencia. Su objetivo es el de entender los ingredientes de la violencia y las dinámicas y procesos en que se despliega. Para ello, no solo dan cuenta del estado de la cuestión en los tres primeros capítulos del libro, sino que en el mismo se aborda lo que los autores —junto a un equipo compuesto por Concepción Gómez Esteban, Antonio Agustín García García y Fernando Fernández-Llébrez— han indagado a lo largo de muchos años de trabajo, desarrollado en cursos y seminarios y sobre todo lo aprehendido mediante la aproximación empírica. *Violencia en la pareja* es fruto de una investigación cualitativa cuyo diseño muestral se construye a partir de los conocimientos obtenidos en dos investigaciones anteriores: *Vinculaciones entre violencia y género e identidades sexuadas en parejas heterosexuales* (2004-2006) e *Indicadores de maltrato: Análisis cuantitativo y cualitativo en parejas heterosexuales* (2007-2008). A partir de cuatro historias de vida a hombres que han ejercido violencia y otras tantas a mujeres que la han padecido, cinco entrevistas a personas expertas, cuatro grupos de discusión, cinco grupos triangulares y catorce entrevistas (a hombres y mujeres que en unos casos estuvieron implicados en relaciones violentas y en otros no) los autores tratan de desentrañar el sentido que fundamenta actitudes y prácticas violentas, avanzando en la comprensión de la violencia a partir de una trama relacional.

La elección de personas con y sin experiencia de malos tratos permite mostrar diversas formas de afrontar los conflictos. En ese sentido, este libro no parte de «lo patológico», de «lo desviado» y de analizar este fenómeno y a sus integrantes como «los otros» cosificados. No calma conciencias dando recetas, haciendo creer que «los otros» tienen problemas. El texto hace reflexionar a cada uno sobre sí mismo y sus relaciones de pareja.

Los autores se han puesto a pensar —en profundidad y con hondura psico-social— un fenómeno social complejo, sin buscar atajos, ni caminos transitados, sino más bien al contrario. Parecería que ante conceptos, teorías o posibilidades abren nuevos senderos de los que van dando cuenta a la persona que lo lee. Hay un ejercicio didáctico de ir enseñando lo que ellos van descubriendo, y tan importante es el cuerpo del texto como las notas a pie de

página. Este es un trabajo de gran precisión y rigor conceptual que distingue, por ejemplo, el conflicto de la violencia y la dominación, o establece diferencias entre afectos y cuidados.

Ilumina el fenómeno con un gran foco y no se ciñe solo a sus efectos sino al proceso que puede llevar a la violencia en esta sociedad compleja y cambiante donde la dominación masculina se ejerce bajo diversas formas.

Y, todo ello, sin pretender decir la última palabra, pero abriendo un debate que se presenta encorsetado y sobre el que se está dando un cierre en falso. El texto aporta una nueva mirada analítica en un terreno que empezaba a ser baldío. Da un paso adelante en la reflexión al abordar la violencia desde las perspectivas socio-histórica y relacional.

Abordar la violencia desde una perspectiva histórica permite hacer un balance radical y dialéctico que demuestre que el patriarcado aparece bajo diferentes formas y que las relaciones intergéneros van variando en el tiempo. De este modo, en los primeros capítulos, García y Casado dan cuenta de las distintas formas de maltrato. Ellos van más allá del maltrato físico, incluso hablan —porque las mujeres del trabajo de campo así lo hacen— de los silencios, de la indiferencia y de la pena que causa la falta de reconocimiento.

El recuperar el fenómeno y analizar sus manifestaciones en el tiempo a través de sujetos encarnados evita cualquier tentación esencialista. Además, desde aquí, se alerta sobre el alarmismo social y la necesidad de romper la popular y potente imagen de la violencia como «lacría social». Esta no es una cuestión que acabe con la modernidad, como la historia demuestra. A pesar de los postulados de la Ilustración, cuando se investiga sobre la violencia contra las mujeres se es muy consciente de que el paso del tiempo no lo cura todo de modo automático. Este fenómeno permanecerá si no se interviene en la dirección acertada. El paso del tiempo no es una garantía de progreso.

En este sentido, los autores trabajan en consonancia con esa sociología que se viene desarrollando a partir de los años ochenta, impulsada por autores como Giddens, Bourdieu, Luhmann, en la que las nociones de postmodernidad reflejan un cuestionamiento del progreso unilateral, centrando la mirada en prácticas, disonancias y procesos concretos.

A la perspectiva socio-histórica, y coherentemente con la misma, se añade la relacional. Y, ¿qué aporta la perspectiva relacional? Algo sustancial, porque interpela a todos y todas, haciéndonos pensar en nuestros vínculos, en nuestras dependencias, en nuestros deseos de autonomía y autoridad, de reconocimiento o de negación. Es decir, habla de todas las relaciones de pareja y en ello hay una toma de postura valiente que no separa las relaciones donde se producen episodios de violencia del resto de relaciones conflictivas, porque conflictivas son todas las relaciones donde se quiere ser «un nosotros» sin perder un ápice del «yo» de cada cual.

A la violencia se llega en un proceso y mediante determinadas dinámicas de autonomía/dependencia y reconocimiento/negación a las que las parejas no son ajenas, por ello, aunque la violencia no es para la gran mayoría de las parejas un fenómeno próximo, puede que no sea tampoco demasiado lejano.

En *Violencia en la pareja* se trabajan las dinámicas de dependencia y reconocimiento y cómo estas dinámicas son un aspecto fundamental del vínculo de pareja. La idea central es que es útil centrarse en el estudio del vínculo para estudiar la violencia. Este vínculo y sus componentes han variado a lo largo del tiempo y no se puede separar su conformación de los cambios socio-históricos generales que, obviamente, afectan a la construcción de la identidad de género.

Planteados algunos aspectos epistemológicos sobre la perspectiva analítica lo primero que mueve a la reflexión es el título, una cuestión nominal nada baladí. Las cuestiones nominales tienen cierta importancia en cuanto la sociedad se reproduce simbólicamente por medio de un sistema complejo de símbolos y significantes a través de los cuales se transmite una determinada concepción del mundo. En este momento se apela, y no por casualidad, a la «violencia de género» entendida como «violencia conyugal contra las mujeres»; sin embargo, los autores hacen un desplazamiento de la «violencia de género» a la «violencia en la pareja» rompiendo la imagen armónica del emparejamiento. Pero además, y a pesar de analizar únicamente parejas heterosexuales, no solo se señala al varón como sujeto que ejerce violencia sobre una mujer objeto de la misma. La pareja se compone de dos sujetos y se construye mediante la tensión derivada de relaciones de poder, placer, dependencia e independencia, entre otras.

Esta denominación abre un nuevo campo de observación (el vínculo en la pareja), pero puede dar lugar a pensar que ambos componentes de la pareja están sometidos a las mismas tensiones y, por ello, ambos podrían ser sujetos encarnados que acaben ocupando ambas posiciones (sujeto maltratador/objeto maltratado). La idea de las mujeres como sujetos activos tanto en posiciones de dominación como de subordinación está presente, y, sin embargo, el libro se centra en la violencia más generalizada: la que ejercen los hombres sobre sus compañeras. La designación «violencia en la pareja» oculta una parte del análisis que el libro recoge: la asimetría de poder de ambos miembros en una sociedad estructurada a partir de la dominación masculina. Habría que desvelar nominalmente esta asimetría, pues de lo contrario se podría pensar que tanto hombres como mujeres, a partes iguales, pueden ser potenciales víctimas y que, además, las parejas viven aisladas. Como el texto recuerda, las parejas están insertas en espacios socio-temporales que hacen que en un momento de transición y quiebra la parte más vulnerable sea la femenina.

Esta sugerencia nominativa podría limar las posibles críticas —hoy seguras desde determinados ámbitos— provenientes de la defensa cerrada del patriarcado como responsable último de la violencia contra las mujeres.

A este respecto, García y Casado justifican las razones que han llevado a centrar en el patriarcado la explicación de las raíces de la violencia. Ellos no renuncian a esta idea, más al contrario, contextualizan su análisis dentro de la dominación masculina que coloca en una posición de dominio a los hombres y de subordinación a las mujeres. Y además entienden que las formas de expresión del patriarcado varían y están en relación con los cambiantes contextos que resultan de las importantes transformaciones sociales, culturales y económicas acaecidas en España en los últimos treinta años. Ahora bien, lo que sí critican es el hecho de que «el patriarcado» se haya convertido en una especie de «caja negra» a la que todo el mundo se refiere y nadie explica. Lo que los autores pretenden es revisar este fenómeno a partir de su profunda complejidad, porque como ellos mantienen: «cualquier explicación sencilla puede ser sospechosa» (p. 17).

Por tanto, y lejos de lo que pudiera llegarse a pensar, este libro destila una visión feminista, donde las relaciones intergénero se plantean como la nueva cuestión social, cuya concepción puede reconfigurar el mundo. Recuperan la voz de M^a Jesús Miranda (2009) cuando apelan a esta cuestión como una auténtica campaña moral de deslegitimación de determinados comportamientos machistas y, en ese sentido, ellos también se apuntan a la campaña. ¿Cómo contribuyen? Visibilizando y analizando algunos mecanismos de la dependencia tanto material como simbólica (o de reconocimiento) que se producen en las relaciones de pareja. Como

en toda investigación social, una tarea ardua en cuanto a la lectura de este libro remite a la cuestión de la objetividad/subjetividad en la investigación social.

Es esta una investigación canónicamente sociológica, quizá con una deriva psicosocial, en la que la violencia se presenta como «fenómeno sociológico total». La violencia de género aparece como elemento develador del ideal de amor, de familia y hasta de la propia construcción de la modernidad como progreso. Pero, en estos casos, el difícil arte del trabajo sociológico exige de un hacer artesano no exento de dudas porque lo observado interpela al observador. ¿Dónde está la frontera entre las emociones y el modo de entender las propias relaciones y la interpretación sociológica?

En un pasaje del texto los autores confiesan que se han llegado a replantear su intimidad y la gestión conflictiva de sus parejas. En este caso, conviene recuperar a Wright Mills (1987) cuando anima a que nuestra experiencia forme parte del análisis de lo social. Es más, en casos como este —donde se presta tanta atención a la construcción de la pareja, poniendo en conexión identidad y relaciones de género— el trabajo puede llegar a ser terapéutico cuando los y las sociólogos/as se sientan personalmente atrapados en un laberinto de incertidumbres.

Para finalizar, un aporte especialmente relevante de este libro es que recoge las opiniones masculinas dando así cabida en esta indagación a los hombres. Si se rastrean socio-históricamente los mecanismos de visualización de la violencia contra las mujeres se observa cómo se ha ido parcelando y sacando a la luz lo más disfuncional y extremo. En este proceso de reducción también se ha simplificado el número de actores en el proceso, quedando estos limitados a la administración, los expertos y las mujeres víctimas. Sobre las mujeres maltratadas se ha investigado más, pero sobre los hombres que han ejercido violencia se sabe muy poco. Y si ellos son los que ocasionan la violencia, ¿no sería relevante saber qué piensan? Esta indagación se presenta como un reto. Decía Marina Subirats (2007: 305) que «la transformación cultural tiene que afectar básicamente a los hombres». En la *Violencia en la pareja* se muestra el desequilibrio entre unas mujeres que han cambiado mucho y unos hombres que lo han hecho muy poco. Pero, además, si nos construimos en relación con el otro, en ese juego de espejos tendremos que conocer a ese otro.

Este libro es un aporte absolutamente necesario en un momento en que la explicación es única y el debate ha quedado reducido a un problema de cifras. El discurso gira en torno a cuestiones sobre la responsabilidad de la inmigración y la víctima al no denunciar. Estos mensajes se legitiman cuantitativamente apelando a que el número de homicidios por violencia de género hacia las mujeres extranjeras se ha duplicado en cuatro años o que por primera vez disminuye el número de denuncias mientras aumentan los asesinatos. Sin embargo, como señalara Raquel Osborne (2008), el paso de la violencia de género a las cifras de la violencia contra las mujeres es una cuestión política. Y, por ello, se anima —desde la lectura pausada de este libro— a repolitizar comunitariamente las relaciones de pareja y a apostar por los buenos tratos. Las relaciones de pareja son conflictivas y están atravesadas por relaciones de poder que habrá que renegociar, pero no están exentas de reciprocidad, reconocimiento, intimidad, comprensión, deseo, atracción, autonomía, creatividad y afecto.

Con *Violencia en la pareja* los autores abren un nuevo camino a la complejidad. Un camino que conviene seguir indagando pues este es un libro para pensar y no dejar de hacerlo.

Begoña MARUGÁN PINTOS

BIBLIOGRAFÍA

- III Informe Anual del Observatorio Estatal de Violencia sobre las Mujeres* (2010), Ministerio de Sanidad Política Social e Igualdad (en línea). http://www.migualdad.es/ss/Satellite?c=MIGU_Publicacion_FA&cid=1244651208036&pageid=1244647552644&pagename=MinisterioIgualdad%2FMIGU_Publicacion_FA%2FMIGU_publicacion, acceso 7 de mayo de 2011.
- Marugán Pintos, Begoña (2009): «Pasando a la acción, feminismos, violencia, institucionalización», en M^a J. Miranda, M. T. Martín-Palomo y B. Marugán (eds.), *Amor, Razón y Violencia*, Madrid: La Catarata.
- Miranda López, M^a Jesús (2009): «La retórica de la violencia de género. Etnometodología de un tipo delictivo», en M^a J. Miranda, M.T. Martín-Palomo y B. Marugán (eds.), *Amor, Razón y Violencia*, Madrid: La Catarata.
- Osborne, Raquel (2008): «De la “violencia” (de género) a las “cifras de la violencia”: una cuestión política», *EMPIRIA. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, 15: 99-124.
- Subirats, Marina y Manuel Castells (2007): *Mujeres y hombres: ¿un amor imposible?*, Madrid: Alianza Editorial.
- Wright Mills, Charles (1987): *La imaginación sociológica*, México: Fondo de Cultura Económica.

La cruzada antitabaco vista por los infieles

Susana Rodríguez Díaz

(Málaga, Sepha, 2011)

«No esperamos siquiera que nos lo pidan y nos adelantamos al deseo de las gentes: así de cierto es que el tabaco inspira sentimientos de honor y de virtud a cuantos lo toman» (p. 49). Así reza un fragmento del *Don Juan* de Molière, obra teatral estrenada en 1665, según nos informa la autora del libro reseñado, y en la que se «alaba el tabaco y sus cualidades, no solo medicinales y estimulantes, sino también morales» (p. 48).

¿Una alabanza del tabaco?... Más aún, ¿una en la que se incluye la «virtud», la rectitud moral que su uso conlleva? Pues, por mucho que al lector contemporáneo le resulte difícil de asimilar, sí: hubo un tiempo, unos tiempos en el/los que el tabaco era positivamente valorado, digno de elogio y propiciatorio de efectos «deseables».

Este texto nos pone en guardia, al hilo de un relato sobre el tabaco y sus usos y significados sociales, de ciertos peligros que nos acechan a fecha actual. Peligros de expropiación de la propia voluntad, de la capacidad de decisión y de la posibilidad de generar un sentido propiamente autónomo de nuestra vida diaria. Este texto nos habla de una «colonización» sistemática de nuestra existencia. Una colonización articulada de manera práctica a través de las imposiciones jurídicas del (agonizante) Estado-nación moderno y fundamentada discursivamente en los efectos de verdad de la ciencia; en este caso, de la ciencia médica y de sus veredictos, performativos, en torno a su ficción universalista de salud.

Procedamos por etapas. El lector se encontrará con un texto que sondea, en una primera parte, la historia social del tabaco, desde su aparición en el mundo occidental, con la colonización del continente americano, hasta la más reciente actualidad. En esta dimensión, diríamos, genealógica, la autora deja más que meridianamente claro que los usos y significados en torno al tabaco y su consumo, usos y significados sociales, han variado, y mucho, a lo largo de ese